

FABIO MORÁBITO

JARDÍN DE NOCHE



Índice

Un muro de vegetación	9
La Evolución de Darwin	17
La zanja	27
Gina, mamá	35
La acampada	43
Noticias del tiaso	57
La raíz	67
Gracias a los aviones.....	77
La Silvana	87
La hoguera.....	95
Espinas	107
Los dos jardines	115

Un muro de vegetación

El tiempo siempre pasa veloz cuando miro el jardín. Y debieron de haber transcurrido muchas horas, porque todo alrededor estaba oscuro. Estaba sentada en el porche con un vaso de gintonic y a pesar de mi decisión de no mirar el reloj, le echaba a cada rato un vistazo. Néstor e Irma, cuyo jardín colindaba con el mío (iba a decir nuestro, pero desde que me separé de Omar es sólo mío), habían salido una hora antes, de modo que Néstor tendría que estar de regreso en veinte o treinta minutos. Cada quince días Irma se quedaba un fin de semana en casa de su madre, que vivía en el otro extremo de la ciudad, y Néstor la llevaba en el coche, saludaba a su suegra y se regresaba. A veces, me dijo Irma, ni siquiera apagaba el motor, porque le urgía regresar, temeroso de quedar atrapado en el tráfico que se formaba a la hora de la salida de las oficinas. Pero yo sé que el tráfico era una excusa. Sencillamente, le urgía regresar. No se lo dije a Irma, por supuesto. Así son los hombres, le decía. Lo cual no es cierto, porque Omar no es así. Nunca lo vi tener prisa en quince años de estar casados. A veces creo que Néstor tiene otra, me dijo Irma una vez. Le dije que no se metiera esas ideas en la cabeza y que se veía a leguas que él la amaba como el primer día. Se quedó mirándome a los ojos y le sostuve la mirada, pero mi co-

razón se aceleró y temí que se me notara. Cualquiera, con verlos juntos, se llevaba la impresión de que ella y Néstor formaban un matrimonio feliz, pero yo sabía que, como en cualquier unión, también en la de ellos había grietas. Los hijos, para empezar. No podían tenerlos. Omar y yo podíamos, pero yo nunca quise. Cuando se lo dije a Irma, me escrutó como si le hubiera referido alguna clase de depravación. Le parecía inconcebible que alguien que pudiera procrear, decidiera no hacerlo. Me preguntó qué opinaba Omar y le contesté que estaba de acuerdo. Sin embargo, al decirlo, me di cuenta de que no era verdad. Omar no había objetado nada, pero no recordaba una sola palabra suya de comprensión o de apoyo en este sentido. Se había limitado a aceptar mi decisión, algo propio de él. Es el hombre del perpetuo asentimiento. Irma me dijo que durante un tiempo ella había querido adoptar, pero Néstor no había mostrado el menor entusiasmo, así que terminó por abandonar la idea y, sin embargo, no se lo perdonó. Me sentí traicionada, me dijo, y se veía asustada por sus propias palabras, como si fuera la primera vez que le confesaba a alguien ese sentimiento.

Volví a mirar el reloj y tomé un sorbo de gin-tonic. La noche era cálida y estrellada. No puedo decir que amo mi jardín. El que lo ama es Omar. Cuando nos separamos debió de extrañarlo mucho. Su pasión son las flores, en especial las rosas. Las cuidaba con una entrega maniática. Después de su partida contraté a un jardinero que venía una vez cada quince días. Lo hice por Omar, porque a mí las flores no me dicen nada. Si por mí fuera, dejaría el jardín con los puros árboles y las plantas. Pero de sólo pensar que Omar podía aparecerse un día para mirar el jardín y viera que sus rosas habían desaparecido, se me encogía el pecho. Justamente vino hace tres meses, recién separados. No me avisó, tocó la puerta y fui a abrir. Traigo un abono para las

rosas, me dijo, y durante la hora en que estuvo sembrando sus sustancias, me encerré en mi habitación y sólo salí para despedirlo. Estaba segura de que el abono era un pretexto y que había venido a controlar si no había un hombre conmigo. Una vez, cuando todavía vivíamos juntos, le dijo a Irma que sospechaba que yo tenía un amante. Irma vino y me lo contó. No le hagas caso, le dije, y mi reacción debió de parecerle algo displicente, porque me miró como si acabara de descubrir que yo sería capaz de ser infiel a mi marido. Creo que, hasta ese momento, ella estaba convencida de que formábamos una buena pareja y lo que le dijo Omar la sumió en un mar de dudas, empezando porque su trato con Omar era distante y le sorprendió que le hubiera confiado algo tan íntimo. A mí no me sorprendió. Estoy segura de que se lo dijo para que ella viniera a decírmelo. Es típico de él recurrir a esas maniobras, porque es incapaz de enfrentarse a algo por sí mismo. Ya lo he dicho, es el hombre del perpetuo asentimiento. Recuerdo todavía la expresión consternada de Irma a través de la barrera de vegetación que separaba nuestros jardines. Es un alambrado cubierto de bugambilias por ambos lados. Para vernos y hablarnos, Irma y yo debíamos remover los tallos espinosos de las bugambilias, cuidando de no herirnos la cara ni los brazos. La nuestra es una amistad entre espinas, me dijo ella una vez, y yo me estremecí, porque pensé que sospechaba algo. Las cosas buenas siempre vienen rodeadas de espinas, repuse, intentando disimular mi rubor. Es curioso, podríamos haber charlado más cómodamente delante de las puertas de nuestras casas, sin tener que apartar los tallos espinosos de las bugambilias, pero esa barrera vegetal nos hacía sentir más cómodas y si hubiéramos conversado sin ella de por medio, estoy segura de que nuestras charlas habrían tomado un rumbo más cauteloso e intrascendente. Cada tanto, para descansar los

brazos, soltábamos al mismo tiempo el manojo de tallos y durante unos minutos hablábamos sin vernos, con las caras pegadas al follaje. En esos momentos, en que no veía su cara y sólo escuchaba su voz, me preguntaba si de verdad éramos amigas, y solía concluir que no; que las espinas, en nuestro caso, eran más poderosas que el resto.

Volví a mirar el reloj. Néstor ya debía de estar de regreso, a menos que por una vez hubiera apagado el motor del coche y entrado en casa de su suegra para tomarse un café, como era el deseo de Irma. Qué le cuesta tomarse un café y platicar diez minutos conmigo y con mi madre, se quejó ella una vez. Los hombres son así, le había dicho, a sabiendas de que no era cierto. Omar, por ejemplo, siempre ha sido acomedido con mi familia y mamá lo adora. De no ser por ella, me habría separado de él mucho antes. Cuando lo hice, mamá dejó de venir a comer los domingos y nuestra relación se redujo al teléfono. No me lo ha perdonado todavía, como no me ha perdonado que yo no quisiera tener hijos. Omar sería un padre excepcional, repetía, hasta que un día me colmó la paciencia y le dije que estaba cansada de oír esa frase. Pensé que era otra de las maniobras de Omar: usarla a ella para decirme algo que no se atrevía a decirme en la cara.

Tomé el último trago de gin-tonic. Tal vez la madre de Irma había convencido a Néstor de quedarse a cenar. Me levanté y empecé a dar vueltas por el jardín con un nudo en el estómago. Ante las rosas de Omar me detuve, interrogándolas con la mirada, como si ellas tuvieran la respuesta. Su perfume colonizaba toda la pared del fondo y sentí que las detestaba. Me pregunté cómo había podido vivir tanto tiempo con mi marido. Las rosas lo retrataban mejor que nada: impolutas, fragantes y huecas. Seguí caminando hasta llegar a la pared de follaje que separaba mi casa de la de Néstor e Irma, y agucé el oído. Tal vez Néstor

había regresado, y yo, sumida en mis pensamientos, no había oído el ruido del coche. Para asegurarme removí los tallos de las bugambilias en el punto en donde Irma y yo solíamos conversar y eché un ojo al otro lado, y como todo estaba oscuro, me clavé una espina en la mano. El dolor me hizo soltar uno de los tallos, que me golpeó el rostro. Pegué un grito. Al tocarme la frente, vi que sangraba. Era un rasguño profundo. También la espina había penetrado a fondo, causándome un dolor intenso en uno de los dedos. Sentí que el jardín se vengaba de mí, porque yo era culpable de haberle quitado a Omar, que lo conocía a fondo y lo cuidaba como a un hijo, secundándolo en cada uno de sus brotes.

Regresé al porche con la intención de entrar en la casa para quitarme la espina y detener el sangrado de la frente, pero no lo hice para evitar encender las luces. Pensé que eso podría desorientar a Néstor, que tal vez concluiría que tenía yo alguna visita. Así que opté por quedarme en el porche a oscuras y aguantarme el dolor. Volví a sentarme y pasaron los minutos hasta que perdí un poco la noción del tiempo. Como he dicho, el tiempo pasa veloz cuando miro el jardín. Me sumí en una breve somnolencia, de la que me despertó el ruido de un motor proveniente de la casa de Néstor e Irma. Cuando se apagó, oí que se cerraba una puerta del coche y en seguida, para mi sorpresa, se cerró otra. Se me fue el corazón a los pies. Por lo visto, Irma no se había quedado en casa de su madre. Escuché que discutían. Era la primera vez que los oía hablar a gritos. La oí a ella pronunciar dos veces mi nombre y fui a esconderme atrás de una de las columnas del porche. Era un gesto absurdo y me quedé ahí hasta oír que cerraban la puerta de su casa y volvió a reinar el silencio.

Al rato escuché unos pasos acercarse a la barrera de las bugambilias. El haz de luz de una linterna atravesó el follaje y

poco después un impacto hizo vibrar el alambrado. Cruzó por mi mente la idea de que Irma intentaba abrir un agujero en él, como lo haría una rata, para entrar en mi jardín con la intención de matarme. Las vibraciones continuaron durante unos minutos, luego todo cesó, se apagó la luz de la linterna y oí que la puerta de la casa de mis vecinos se cerraba. No tuve el valor de ir a controlar el alambrado, por temor a que ella estuviera ahí, esperándome al otro lado de la malla metálica. Entré a mi casa y, sin encender ninguna luz, fui a mi cuarto y me acosté. Me dormí vestida, con la espina clavada en la mano y la mancha de sangre en la frente.

Al otro día, antes que amaneciera, fui a echar un vistazo. En el punto en donde Irma y yo solíamos conversar había ahora un tablón de madera, fijado a la malla ciclónica con unos alambres, que obstruía la vista hacia el otro lado. Lo miré aturdida y me aparté.

Procuré pasar todo el día afuera y no regresé hasta bien entrada la noche. No dejaba de mirar el celular para ver si no había alguna llamada o mensaje de ella, y cuando volví a mi casa, entré con suma cautela, por miedo a alguna emboscada y evitando prender las luces.

No fue hasta pasada una semana que me atreví a encender las luces cuando caía la noche.

Quince días después, regresando muy tarde, vi que los dos coches de mis vecinos habían desaparecido y un letrero que anunciaba la venta de su casa ocupaba todo el ventanal de la planta inferior.

Primero aparecieron las bayas púrpuras, cada día más numerosas, hasta llenar todo el perímetro del jardín. Nunca las había visto antes y tampoco Juan, el jardinero, las conocía. Tomó una para olerla y me dijo que no las fuera a comer, porque de segu-

ro eran venenosas. La siguiente semana empezaron los hongos, unos blancuzcos con el pie muy fino y un sombrero estrecho y barbado. Juan los olió largo rato y me dijo que no fuera a comerlos por ninguna razón. Nunca había habido hongos en mi jardín. Por último llegó la enredadera. Viene de algún jardín vecino, dijo Juan. Tampoco la enredadera pasó la prueba de su olfato y provocó una recomendación más tajante que las anteriores: que no la oliera ni la tocara, porque podía causarme una purulencia en la piel o algo peor. No le pregunté qué podía ser ese algo peor. Los tres visitantes fueron ganando terreno y se propagaron rápidamente, pese a los esfuerzos de Juan para mantenerlos a raya. Una mañana me llamó su mujer para decirme que Juan estaba enfermo y que no se presentaría a trabajar. Fue lo último que supe de él. Su mujer no volvió a llamar, y cuando lo hice yo, nadie me contestó y Juan ya no dio señales de vida.

El jardín entró en un estado de confusión deplorable. Los hongos y las bayas se fueron adueñando del pasto, que perdió su hermosa textura uniforme para convertirse en una serie de montículos y jorobas cuyo aspecto hacía pensar en la lepra. La enredadera cubrió a paso galopante el muro de bugambilias y un olor a cuero húmedo y podrido —sería más apropiado llamarlo miasma— invadió el ambiente, impidiéndome salir al porche. Sólo las rosas de Omar conservaban, dentro de la descompostura y decrepitud generalizadas, su lozanía y perfume de siempre.

Cuando lo llamé, se mostró cálido y comprensivo. Acudió en seguida y mientras revisaba cada rincón del jardín, yo lo observé a través del ventanal cerrado, porque no soportaba respirar aquel olor.

Su diagnóstico fue escueto: había que trasplantar nuevos rosales. Conforme aumentara el número de las rosas, los intrusos (así los llamó) se batirían en retirada. Le pregunté cuánto tiempo

llevaría aquel tratamiento y me dijo que dos meses. De día, el trasplante; de noche, la extirpación de los intrusos, explicó con su característica meticulosidad.

Siempre habíamos dormido en habitaciones separadas. Volvió a ocupar temporalmente la suya. De noche, mientras yo miraba algún programa en la tele, él practicaba unos agujeros en el pasto, siguiendo un orden geométrico que me enseñó y que yo miré sin prestar atención. Los intrusos, después de un mes de no dar su brazo a torcer, empezaron a mostrar señales de desfallecimiento. Primero fueron las bayas, que antes de darse por vencidas pasaron del color púrpura a beige; luego los hongos, cuya capitulación se dio en un lapso de apenas tres días; por último, la enredadera, y con su desaparición se extinguió también el miasma. Durante esta última batalla Omar reparó en la madera amarrada al alambrado, pero no hizo ninguna pregunta y tampoco dijo una sola palabra sobre el hecho de que Néstor e Irma ya no vivían al otro lado. Por lo pronto, yo le había dado permiso de traer su cama, porque el camastro que había acondicionado para que durmiera en él durante el tratamiento resultó incomodísimo y le dejaba la espalda molida. Se trajo también sus discos y sus libros de jardinería.

Mamá ha vuelto a comer con nosotros todos los domingos.

